

LUCES DE VIDRIO

Por JOSE J. LUQUE (Santa Cruz de Tenerife)

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora

Luís Cernuda

[a]

Giovanni se queda en silencio, con la mirada atrapada en la espalda desnuda de Jacobo que se afana en la boca del horno. La luz del fuego le enmarca y arranca reflejos rojizos de su pelo rubio. Giovanni recuerda la estatua que vio en la Piazza della Signoria, en Florencia, y sonríe. Jacobo tiene el pelo más corto, piensa.

—¿Qué haces aquí?

Jacobo se ha vuelto. Sujeto con una pinza, un trozo de vidrio recién sacado del horno humea en sus manos. Giovanni no contesta y Jacobo, que parece olvidar la pregunta, deja con mimo la loseta sobre una mesa, observa la imagen que las distintas capas de grisalla han perfilado sobre el vidrio blanco y la compara con el panel de yeso que tiene al lado. Giovanni, aunque no puede verlo, sabe que allí está el rostro del obispo Cirillo y que, cuando complete ese paño, el vitral de los Quattro Santi Coronati estará concluido.

—El maestro quiere verte.

Sin quitar su atención de la loseta, Jacobo pregunta de nuevo:

—¿Para qué quiere verme?

—Él sabrá. El de Colonia no acostumbra a dar explicaciones a sus *phialeri*.

Jacobo levanta la cabeza, toma un trozo de lienzo que cuelga aprisionado en la cintura de las viejas calzas listadas que viste, se seca el sudor de la cara y mira de nuevo a Giovanni que sigue de pie, en el mismo sitio, y que ahora sonríe.

—Pero sí usa a su mejor soplador de botellas como recadero.

—Ya sabes, no le gusta que nadie ande ocioso y no es necesario que sople manchones. Esta vidriera no lleva más losetas, ya las hice todas. Salvo que el manazas del vidriero rompa alguna, no tengo que hacer más.

—¿Cuándo has visto tú a estas manos romper un solo filete?

Al hablar, Jacobo levanta una de sus manos fibrosas, de dedos largos. Mientras, con la otra, devuelve el lienzo húmedo a su cintura. Giovanni no contesta, su mirada se dirige desde la mano al torso de Jacobo. Un instante después, los ojos de ambos se reencuentran y Giovanni pregunta:

—¿Cuándo acabarás el panel?

—Puede que en dos o tres días, depende de si tengo ayuda con las calmas.

—Emplomar es aburrido, y yo soy más hábil con la boca que con las manos. Tú lo sabes mejor que nadie.

—No estaba pensado en que me ayudases tú. No eres imprescindible. Y sería mejor que te dejaras de estupideces. Dime dónde está el viejo cascarrabias, no tengo ganas de que me chille.

—Está en el ábside, en el ventanal de la izquierda. Le dejé hablando con el maestro Tibaldi. Quizá sea un nuevo contrato, otra vidriera.

—Entonces, lo mejor será que vaya a ver qué quiere. Así volverás a tener la caña en la boca y te estarás callado.

Jacobo coge una camisa gruesa que cuelga de un pilar cercano y se la pone.

—Hay cosas mejores para tener en la boca.

—Cualquier día esa lengua te va a costar un disgusto.

Los dos hombres se miran desafiantes. En el rostro de Jacobo no hay el menor signo de ironía. Giovanni parece que va a hablar, pero se encoge de hombros y calla.

—¿Necesitarás más amarillo de plata? —pregunta al fin.

—Imagino que sí.

—Bueno, nos vemos luego en el taller.

La mortecina luz del mediodía invernal se filtra por las vidrieras. Sin fuerza para estallar en mil colores, apenas alcanza a espantar las tinieblas en la catedral. Giovanni ve alejarse a Jacobo por la nave lateral. Cuando se pierde entre las sombras, Giovanni se dirige hacia la puerta. Afuera, la neblina se confunde con el cielo plomizo y una lluvia fina embarra el suelo. Maldito tiempo, acabaré por añorar el *acqua alta*, piensa mientras cruza la gran plaza.

[b]

—¿Qué haces levantado?

Jacobo no contesta. Está desnudo, de espaldas al jergón, parece observar la oscuridad de la noche a través del cristal casi opaco de vejez y hollín.

—Cogerás frío.

Giovanni se ha incorporado. Apoyado sobre los codos, contempla a Jacobo que sigue en silencio. A pesar de la advertencia de Giovanni, la temperatura es agradable, desde el piso de abajo sube el calor que desprende el horno de recocado y en el hogar brillan los rescoldos de un fuego casi extinto. La luz roja y bailarina que desprende juguetea con las tinieblas.

—¿Qué te pasa? Has estado ausente toda la noche, hasta cuando hemos hecho el amor.

—Eso no es amor, no te engañes. Somos unos degenerados; arderemos en el infierno por sodomitas.

Giovanni se levanta, el desconcierto siembra su frente de arrugas. La duda le mantiene en pie, también desnudo, detenido junto al jergón. La habitación es un cuadrado grande con el suelo de tablones de madera mal ajustados que crujen a cada movimiento. Por mobiliario tiene un par de arcones apoyados en una pared, una mesa tosca y varias banquetas alrededor.

—¿Por qué dices eso?

El techo es muy bajo, con varias vigas de madera que lo cruzan. Cuando Giovanni da unos pasos hasta situarse a la espalda de Jacobo, parece que en cualquier momento fuera a golpearse la cabeza.

—No lo entiendo —añade sin que Jacobo haya contestado y apoya las manos sobre sus hombros.

Giovanni es más alto, el torso cuadrado, el cuello corto y musculoso, los brazos y las piernas excesivamente largos; el cuerpo de un toro injertado en los miembros de una gacela. Jacobo se sacude, se libera de las manos de Giovanni que parecen quemarle la piel.

—Tenemos que acabar con esto.

—No me asustes. ¿Qué es lo que te he hecho? ¿En qué te he molestado?

Tras la pregunta, la cara de niño de Giovanni está a punto de decomponerse en sollozos.

—El maestro quiere que me case con su hija —dice Jacobo.

—Pero si no es más que una niña mal criada.

—Tal vez, pero muchas mujeres a su edad ya van por el segundo o el tercer hijo. Él se siente viejo, quiere disfrutar de un nieto, dejar las cosas en orden antes de que un día le sorprenda la muerte. Es viudo, ya lo sabes.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con nosotros? Dile que no te gusta, que quieres a otra; cualquier cosa. No eres el único hombre en el mundo, sólo eres el más bello.

Giovanni trata de sonreír, pero el gesto que aparece en su cara no llega más allá de una mueca amarga.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es, mucho más sencillo que huir de Murano para estar a tu lado, mucho más que dejar a mi familia, que renunciar a volver para siempre y convertirme en un proscrito.

Giovanni envejece de golpe, los ojos brillantes de ira contenida y las venas del cuello inflamadas, como si cada palabra de las que ha dicho acarrearase la edad del mundo.

—Yo no te pedí que me siguieras —se defiende Jacobo, pero el tono de la voz le delata.

—Pero no te importó que nos acostáramos después de enseñarte los secretos del *fornaci*, o que siguiésemos haciéndolo cada noche después de que me jugué la vida escapando contigo a Venecia por el simple placer de recorrer a tu lado los puentes, disfrutar juntos de los manjares del mercado de Rialto o sentarnos a oír el rumor de las góndolas en cualquiera de sus *campi*... No me hagas esto.

El tono de Giovanni se ha tornado suplicante y a su cara regresa el gesto de niño desvalido. Se aproxima de nuevo a Jacobo y trata de enlazarlo por la cintura. Jacobo se revuelve.

—Tengo que bajar a avivar el horno.

Giovanni no dice nada, permanece quieto, hipnotizado por la armonía del cuerpo de Jacobo que se aleja con andar perezoso hasta desaparecer por la escalera que desciende desde una esquina de la habitación. Luego, como quien obedece a un impulso, sigue tras él. Afuera amanece.

—¿Por qué me haces esto?

Giovanni lanza la pregunta al llegar al pie de la escalera, demasiado lejos de Jacobo que está inclinado sobre la boca del horno. Entre ambos hombres se extiende un largo banco de trabajo casi cubierto de losetas de vidrio de varios colores y tamaños.

—¿Por qué me haces esto? —repite Giovanni cuando se aproxima.

Jacobo se incorpora, a través de la boca del horno un impetuoso fuego proyecta luz y calor. Los dos hombres se miran, semejan dos colosos desnudos midiendo sus fuerzas antes de la pelea.

—No me queda otro remedio, Corrado sabe lo nuestro; o me caso con su hija o nos denuncia. No necesito decirte lo que pasaría.

—Savonarola está muerto desde hace años. ¿Qué va a pasar?

—No seas imbécil, esto no es Florencia y parece que has olvidado que trabajamos para la iglesia.

—Las dos cosas tienen arreglo, la tierra es muy grande.

—Ya, y redonda, pero eso no arregla nada.

Giovanni se gira hasta quedar de espaldas a Jacobo, para ocultar las lágrimas. La luz rojiza del amanecer entra por las ventanas y lucha contra el fulgor de las llamas del horno.

—Pero tú eres mi vida.

—¡Ya está bien! Acabemos con esto de una vez. Le diré al maestro que te busque otro alojamiento. Quizá lo mejor sería que te marchases, que volvieras a Murano.

Giovanni le mira, los ojos afiebrados, por un momento no dice nada.

—Has estado engañándome, esto ya lo tenías decidido. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿A qué esperabas?, ¿a que terminase todos los manchones? Eres un cerdo, lo único que buscas es quedarte con el taller.

—¿Y qué si es así? Soy un artista, hago vidrieras, necesito trabajar con los mejores pintores, tener los cartones más bellos. Corrado me garantiza eso. ¿Crees que Tibaldi me encargaría a mí algo?

—Y por eso me dejas tirado, te olvidas de las noches de amor, de eso que me decías de envejecer a mi lado. Te olvidas de mí. Ni siquiera te importa lo que me pase.

—No te pongas lastimero, ni te va ni lo necesitas. Eres un *phialeri* veneciano, en todas partes estarán encantados de darte trabajo.

—Menos en Venecia, menos en mi casa. A eso renuncié por tu amor para descubrir ahora que no eres más que un cabrón egoísta. Lo tengo bien empleado, por creérmelo, por no comprender que era demasiado bello para ser cierto. Recogeré mis cosas. No tendrás que hablar con nadie, pero sabes que es igual que te mientas, te acordarás de esto toda tu vida.

Giovanni se encamina de vuelta a las escaleras, la mirada ida, el rostro convertido en máscara. Ahora es Jacobo el que le observa en silencio. Más que tristeza, en su cara hay alivio. Giovanni desaparece tras un espeso muro de sombras y Jacobo se acerca al largo banco de trabajo. En una esquina, varios cartones permanecen apilados. Jacobo toma el último y lo observa. Santa Caterina da Siena parece que le devuelva la mirada. Sobre su cabeza, los maderos crujen bajo el peso de Giovanni.

[c]

El sol se pone velado por las nubes. El camino, después de días de lluvia incansable, es un barrizal punteado de charcos que transcurre entre huertos y casas aisladas. Giovanni camina sin prisa, de su hombro cuelga un hatillo con todas sus pertenencias. A su espalda, a lo lejos, las llamas de un incendio dan la falsa impresión de tragarse las finas agujas de la catedral. Giovanni se vuelve hacia ellas y se detiene. Yo también me acordaré toda la vida, piensa. Unas gruesas gotas preludian un nuevo aguacero que no tarda en estallar. Giovanni, ajeno al agua que ya empapa su pelo, se vuelve y camina de nuevo. Frente a él, hasta perderse en el horizonte, se extiende una yerma llanura triste como un vasto jardín sin aurora. Un carro tirado por bueyes pasa a su lado y le salpica de barro.